Las teorías y sus ideologías esenciales

HERMAN PARRET

El profesor Herman Parret, lingüista belga de visita en nuestro país, ofreció una conferencia sobre el tema "las teorías lingüísticas y sus ideologías esenciales".

La conferencia fue dictada el 24 de abril de 1984 en la Facultad de Filosofía y Letras y traducida oralmente del francés por la Dra. Beatriz Lavandera.

Finalizada la exposición del profesor Parret, se produjo un fecundo intercambio de ideas entre el mencionado profesor y algunos asistentes.

Como es sabido, la noción de ideología es sumamente difícil. Su empleo presenta una enorme confusión, sobre todo si se aplica a las ciencias en general y a la lingüística en particular. El término ha sufrido un fenómeno de inflación: todo el mundo habla de «ideología», en todos los sentidos.

Por ello, es conveniente elegir una perspectiva determinada para enfocar el problema que presentaremos hoy: ¿cuáles son las ideologías, los presupuestos ideológicos de las teorías lingüísticas? Puesto que así planteada la pregunta resulta muy compleja y difícil de abordar, quisiera plantearla de modo diferente: ¿Qué características del discurso de la lingüística contemporánea podrían calificarse de «ideológicas»?

Esta nueva formulación nos lleva, por cierto, a un análisis semiótico del discurso. Considero o la lingüística como un tipo de discurso y haré el análisis semiótica del discurso de los lingüistas. Llamo «ideología interna de la lingüística» a la ideología que se halla en este nivel. No me interesa tratar, por el momento, lo que llamo «ideología externa de la lingüística». Simplemente voy a presentar tres ejemplos para ubicar la oposición, antes de abordar el tema específico de «ideología interna».

El primer ejemplo de ideología externa se refiere a la utilización y aplicación de teorías lingüísticas en la sociedad de acuerdo con determinada perspectiva ideológica. Es conocido el caso de un departamento de Lingüística en los Estados Unidos que produjo teorías lingüísticas utilizadas posteriormente por el ejército durante la guerra de Vietnam, simplemente para intimidar a la población. Creo que es un ejemplo claro de utilización de una teoría lingüística en forma ideológica. Agreguemos el peligro que puede resultar de la aplicación de teorías lingüísticas con la ayuda de la computadora, por ejemplo.

Es evidente que en este nivel, la situación de la lingüística no es diferente de Ias demás ciencias. Pienso, por ejemplo, en |a biología que también puede ser manipulada, utilizada en la sociedad, provocando el mismo tipo de problemas. Todas las ciencias pueden ser utilizadas y aplicadas a la sociedad de acuerdo con determinados valores ideológicos.

El segundo ejemplo de ideología externa corresponde al sentido marxista del término: la ideología ubicada en el nivel de_la conciencia de los sujetos que construyen teorías científicas y de los que las reciben o comprenden. Las ideologías pueden dar a los que construyen una teoría lo que Marx llama una “buena” o una “mala “conciencia.

Es éste una especie de fenómeno o parafenómeno psicológico debido a la estructura específica de la personalidad del constructor de teorías y también a la tradición cultural en la que está inserto. Insisto: hay ideología en el nivel de la producción y de la percepción de teorías, pero «ideología» en el sentido Psicológico del término.

El tercer tipo de ideología externa es lo que yo llamo «ideología co-ocurrente» de la teoría lingüística. Aquí entra lo que suele llamarse «el neohumanismo» de Chomsky, o bien “el antihumanismo” de los estructuralistas. En cuanto a Chomsky: el hecho de declararse socialista y anarquista, socialista libertario, representa una ideología co-ocurrente de la gramática transformacional. Es quizás el prototipo de la ideología co-ocurrente. Lo mismo sucede con el famoso antihumanismo de !os estructuralistas. El caso de Foucault, por ejemplo, cuando declara que el estructuralismo y la lingüística estructural a partir de Saussure determinan el fin del hombre; esto es, el fin de la fuerza explicativa de la noción de «hombre». Digo que es uno ideología co-ocurrente, o paralela, porque no hay lazos analíticos o lógicos con lo teoría lingüística.

Cuando estuve en M.I.T., hace doce años, recuerdo que se discutía sobre historia de la lingüística, y especialmente sobre Humboldt, el filósofo alemán del siglo XIX. Chomsky siempre buscaba pasajes en los que el mismo Humboldt indicara una conexión lógica entre su pensamiento sobre el lenguaje y su pensamiento político. Humboidt, como es sabido, escribió mucho sobre el Estado y desarrolló una filosofía política muy elaborada. Él, entonces, como ahora Chomsky, estaba siempre a la búsqueda de una conexión analítica entre ese pensamiento político y su pensamiento sobre el lenguaje. Pero esto es nada más que un deseo.

Quiero dejar claro que yo tengo un gran respeto por las ideologías co-ocurrentes. Tengo un gran respeto por la posición política de Chomsky, durante la guerra de Vietnam, por ejemplo, o sobre la cuestión árabe. Pero no admito en absoluto, ni para el chomskismo, ni para el estructuralismo, que exista un lazo analítico entre el pensamiento político y el pensamiento lingüístico.

Antes de abordar el tema de la ideología interna quisiera hacer una pequeña observación. En los debates lingüísticos, en la «guerra» entre los lingüistas, suele utilizarse el término «ideología» para atacar a la corriente opuesta. Hay una tendencia casi normal a decir que lo que hacen los otros es ideología. A la «mala ciencia» o a la «mala epistemología» (que siempre es la del otro) se la llama «ideología». Un racionalista, como Chomsky, dirá que los empiricistas hacen ideología y, a la inversa, el empiricista dirá que el racionalismo es «idealismo ideológico». Siempre se acusa a los demás de ser «ideológicos». Y esto conlleva un gran peligro: con este tipo de acusaciones, se quiere dar la

impresión de que la posición en la que uno se encuentra está totalmente exenta de ideología. Pero si hay ideología en los otros, la hay en todas partes. Todo lo que pueda decirse es ideológico si se acusa a los demás de serlo. Hay que tener cuidado con la identificación entre «ideología» y «mala ciencia» o «mala epistemología».

En cuanto a la ideología interna, que es lo que nos interesa, voy a centrarme en dos cuestiones: a) las posiciones paradigmáticas que adoptan las distintas teorías: y b) la ideología esencial del discurso científico, en este caso, el discurso lingüístico. Dentro de la lingüística contemporánea voy a referirme sobre todo a la lingüística estructural de tipo saussureana y a la lingüistica chomskiana.

El primer aspecto de la ideología interna, entonces, es que los lingüistas adoptan posiciones paradigmáticas, las defienden con fuerza y se fijan sobre ellas. En segundo término, la fijación y el refuerzo de estas posiciones paradigmáticas se hace por ideología esencial: una ideología que es esencial a la cientificidad misma. Si se es hombre de ciencia, si se hace ciencia, si se plantea un acto de ciencia, hay una ideología que es esencial a ese acto. Está presente a partir del momento en que hay discurso científico.

La noción de «paradigma» fue trabajada por filósofos como Thomas Kuhn y Michel Foucault. Kuhn se interesó por lo que se llama «la estructura de las revoluciones científicas» y descubrió en la historia de las ciencias ciertos períodos paradigmáticos. De la misma manera, Foucault descubrió las llamadas «rupturas_ paradigmáticas», cambios de paradigmas, a lo largo de la historia de la economía, la biología, la lingüística, etc. En *Les mots et les choses* muestra claramente que hay paradigmas en la historia de la lingüística dentro de los cuales nacen y desaparecen las teorías. Ahora bien, ¿qué es un paradigma? Les doy una definición sumamente intuitiva: un paradigma (o una posición paradigmática) es un modelo de descripción y de explicación en cuyo interior surgen las teorías, pero que no puede ser él mismo confirmado, enmendado o cuestionado por tales teorías.

Aunque la cuestión de la ruptura de los paradigmas (cómo nacen y cómo desaparecen) presenta múltiples dificultades, es obvio que todo paradigma científico está inserto histórica y socioculturalmente. Sin embargo, es muy difícil hacer admitir a los hombres de ciencia que son víctimas del paradigma dentro del cual trabajan. La mayor parte de los científicos piensan que trabajan de acuerdo con ideales transparentes, con una especie de ideal de cientificidad y no admiten de buen grado que son víctimas del paradigma con el que trabajan. La teoría que están construyendo nace en el interior de ese paradigma, por lo que_ese paradigma no puede ser objetado por lo teoría en cuestión.

De todos modos, es un gran progreso que la filosofía de la ciencia hoya podido mostrar que ese paradigma existe.

Voy a esbozar esas posiciones paradigmáticas de las teorías lingüísticas contemporáneas en torno o dos ejes. El primero concierne al siguiente problema: todo lenguaje, todo discurso, tiene relación con determinado contenido. Casi siempre el contenido privilegiado es el pensamiento, el contenido mental. Debemos ver cuáles son las posiciones de las teorías lingüísticas respecto de este problema. Este primer eje paradigmático se refiere a le *función representativa*

del lenguaje: qué representa el lenguaje y, sobre todo, cómo lo representa.

El segundo eje paradigmático tiene relación con el hecho de que todo discurso es fundador de cultura, de sociedad, de intersubjetividad. Este segundo eje se refiere a la relación del discurso con la sociedad y con los sujetos que la componen. Concierne, entonces, a la *función comunicativa* del discurso: cómo el discurso se instala en Ia intersubjetividad, la cultura y la sociedad.

La función representativa y la función comunicativa son las dos funciones centrales del discurso reconocidas por todas las teorías lingüísticas. En cuanto a la representación, es evidente que un fragmento de lenguaje, o de discurso, es considerado verdadero, auténtico, válido, si representa adecuadamente cierto contenido.

La función representativa del lenguaje no es negada por ninguna doctrina en toda la historia de las teorías lingüísticas. Ya aparece en Platón. Los estoicos, los gramáticos de la Edad Media, Leibniz, los empiristas anglosajones, los filósofos contemporáneos, todos han admitido que el lenguaje tiene cierta función representativa respecto de ciertos contenidos. Se podría decir que es la constante más indestructible que puede encontrarse en cualquier teoría lingüística. Es el eje paradigmático por la excelencia.

El hecho de que el discurso tenga la posibilidad de representar puede explicarse por una cualidad esencial del lenguaje: su linealidad. Recordemos que Saussure, al principio del Curso *de lingüística general*, dice que hay das características fundamentales del lenguaje: la arbitrariedad y la linealidad. Los signos lingüísticos tienen una distribución lineal. Hablar es siempre una actividad temporal. La función de representación del discurso está ligada a la temporalidad, a través de la linealidad. Sin sucesión en el tiempo el lenguaje no está en condiciones de ejercer su función de representación. Otras actividades humanas, como las artes visuales, tienen una relación privilegiada con el espacio. En cambio, la actividad de hablar, a causa de la necesidad de linealidad, tiene una relación privilegiada con el tiempo, con la temporalidad.

Sobre este primer eje, el de la función representativa,__encontramos dos concepciones diferentes en las teorías lingüísticas contemporáneas: la *expresionista,* que interpreta «representación» como «expresión», y la *articulista*, que interpreto «representación» como «articulación».

Para hacer las cosas un poco más concretas, mencionemos algunos nombres de la historia de las teorías lingüísticas. La posición expresionista es la que adoptará Descartes; en cuanto a la articulista, tenemos un buen ejemplo en un filósofo del siglo XVIII, un francés muy importante para el pensamiento sobre el lenguaje, aunque mucho menos conocido: Condillac, anticartesiano desde este punto de vista. Si buscamos nombres contemporáneos, Chomsky, que se considera neocartesiano, representa sin duda a la primera posición; mientras que Saussure representa a la segunda.

Es evidente que Descartes, al decir que el lenguaje representa el pensamiento, quiere decir en realidad que el lenguaje *expresa* el pensamiento. La relación de expresión es una relación de transparencia, o de reflejo. Expresar algo es llevar lo que está en profundidad a la superficie, sin ningún cambio. Cuando se dice que el lenguaje expresa el pensamiento, es así como se lo piensa. Ésta es la posición de Descartes.

En cambio, cuando se dice que el lenguaje *articula* el pensamiento, nos encontramos con una

posición totalmente Diferente. Porque desde este punto de vista, el pensamiento no existe antes del lenguaje. Por el contrario, el lenguaje se articula, conforma, modela el pensamiento, y antes de esa instancia sólo hay caos. Para Condillac, que se interesa por lo que él llama «el arte de razonar», no existe razonamiento sin lenguaje, y tampoco hay conocimiento fuera del lenguaje. Por eso conocer la verdad, para Condillac, es conocer el discurso, las potencias, las posibilidades del discurso, la discursividad es *conditio sine qua non* de lo cognoscible. Chomsky, sin lugar a dudas, adopta la posición expresionista. Según Chomsky, la gramática expresa lo realidad mental del hablante ideal.

Hablar es desarrollar uno facultad mental. Distinto es el caso de Saussure, que en algunos pasajes habla del lenguaje como «dominio de las articulaciones». Saussure es un autor muy difícil de leer, muy paradójico incluso. Como él *Curso…*fue escrito a partir de los apuntes de sus alumnos, contiene muchas contradicciones. A veces dice una cosa, y luego dice otra. En cuanto al signo, se lo define o bien como entidad, o bien como unidad (sintagmática), o bien como término (paradigmático), o bien como *articulus*, y en el sentido que nos interesa. El signo es *articulus*, y el sistema de signos es el molde dentro del cual se fabrica el pensamiento, donde se fabrica todo contenido significativo.

Con respecto al segundo eje paradigmático, que concierne a la función comunicativa quiero mencionar una imagen muy hermosa que aparece en Wittgenstein. Dice que el lenguaje debe verse como una ciudad antigua, sin planificación explícita, donde lo reciente rodea a lo antigua. Esta ciudad no puede ser Buenos Aires, porque Buenos Aires es demasiada geométrica. Podría ser una ciudad medieval. El lenguaje, para Wittgenstein, no es una estructura transparente acabada, no es geométrico. Está lleno de inconsecuencias, porque forma parte de lo que Wittgenstein llama “la historia natural del hombre” que no está sometida a un a priori. La facultad de hablar del hombre es lúcida, fantasiosa. Wittgenstein dice que el universo de los «juegos del lenguaje” es abierto, heterogéneo, diversificado, como las instituciones y las prácticas sociales. Los hombres deben reorganizarse constantemente y adaptarse a las necesidades de la vida. En otras palabras, el lenguaje es lo que Wittgenstein llama *Ein Lebensform, a form of life*, una forma de vida.

La concepción del lenguaje de Chomsky es totalmente opuesta: la llamaré «sublime» o “aristocrática”, Chomsky recurre a Humboldt precisamente para mostrar este status aristocrático y sublime del lenguaje. Por un lado, la facultad lingüística es cualitativamente diferente de cualquier otra facultad humana. Por otro lado, no hay ninguna continuidad entre la comunicación como puede existir entre los animales, y el lenguaje humano. No hay absolutamente nada en común. El lenguaje da al hombre su unicidad y su dignidad. Esta concepción aristocrática contrasta con la concepción «sórdida» de Wittgenstein. El prototipo del lenguaje chomskiano es un lenguaje formal, gramaticalizado, mientras que para Wittgenstein, el prototipo del lenguaje es el lenguaje ordinario -en el sentido ordinario de «ordinario»-. Es decir, el enguaje de todos los días, el lenguaje que es como esa ciudad antigua.

La oposición que se establece a nivel de este segundo grado eje paradigmático: es lenguaje como «forma del espíritu”, (posición chomskiana) frente a lenguaje

como «formo de vida» (posición wittgensteiniana). En la primera opción el discurso es visto en tanto actividad o fenómeno psíquico, mientras que en la oposición opuesta, el discurso es visto en tanto hecho social.

Podemos utilizar también otra oposición muy conocida en lingüística, la oposición de «formalismo» versus «funcionalismo». Les doy algunos nombres, simplemente para situar la oposición. En la historia se puede decir que la primera es la posición de Humboldt, frente a Wittgenstein, que representa la segunda opción, y una vez más, Chomsky se considera neohumboldtiano (como antes neocartesiano). Frente a él, en la línea del funcionalismo, podríamos ubicar a toda una serie de nombres de filósofos lingüistas anglosajones, que siguen la tradición de Austin; Searle, etc.

La idea que combate Wittgentein constantemente es que el lenguaje se forma en un medio misterioso llamado «el espíritu humano». Chomsky recurre a Hurnboldt frecuentemente, utilizando la noción humboldtiana de *Innerform*, el lenguaje como forma interna. Esta forma interna existe antes del funcionamiento del lenguaje, tiene autonomía respecto del funcionamiento comunicativo y social. Es importante tener presente que para Chomsky, el lenguaje no tiene ninguna relación directa con la comunicación, ni con ninguna realidad extralinguística, social, intersubjetiva, etc.

Sólo después funciona en la comunicación. Pero el sentido del lenguaje en tanto forma interna, que se manifiesta en la construcción de una gramática, no tiene nada que ver con el funcionamiento comunicativo. Por eso en la gramática chomskiana no hay restricciones comunicativas.

Es interesante notar que toda la teoría chomskiana del lenguaje descansa sobre la dicotomía *competence/ performance*. Todo lo que tiene relación con el funcionamiento y la comunicación pertenece a Ia performance. Pero lo importante es la *competence*. Y la *competence*, para Chomsky, es siempre la *competence* de hablantes ideales. El hablante real, el «ordinario» de Wittgenstein, es el que habla el lenguaje ordinario. En tanto que el hablante ideal es el que habla este lenguaje formal, de acuerdo con las reglas de la gramática. En otras palabras, el hablante ideal es el que habla el lenguaje *in vitro*, mientras que el hablante real, que se encuentra en la sociedad en posición de comunicación, es el que habla el lenguaje en ejercicio.

Hago una última observación sobre esta oposición que me parece fundamental. Muy curiosamente, tanto Chomsky como Wittgenstein utilizan la noción de «gramática profunda», *deep grammar*, pero en sentidos totalmente diferentes. Es interesante examinar la diferencia entre las dos nociones de *deep grammar*.

En Chomsky hay una motivación que voy a llamar «democriteana», en alusión al viejo filósofo griego. Demócrito, quien inventó el principio de que las cosas importantes no están nunca en la superficie, en el nivel del parecer de las cosas. El ser, lo realmente importante, lo esencial, está siempre en profundidad. Por eso, según Demócrito -y según Chomsky- hay que atravesar el parecer, lo caótico, lo indefinible, para llegar a la permanencia de las cosas oculta en la profundidad.

Wittgenstein, que en las *Investigaciones filosóficas* también desarrolla una noción de «gramática profunda», la utiliza en forma totalmente diferente. Según Wiftgenstein, una concepción de gramática profunda como la de Chomsky sería, no una

gramática de superficie, pero sí seguramente una gramática superficial, porque reduce todo a una forma exacta, precisa, una forma lógica unificada y única, y no ve la diversidad de las cosas y la variedad de los fenómenos.

Precisamente, una gramática profunda según Wittgenstein es una gramática que vuelve a la variedad y a la riqueza de los fenómenos, es decir, a la variedad de los usos del lenguaje. La verdadera profundidad no es una profundidad aristocrática, sublime; no está en el «espíritu», o *mind.* La verdadera profundidad es la profundidad en extensión. Éste es el objeto de una gramática profunda: la riqueza y variedad del fenómeno lingüístico.

En síntesis, hemos hablado de dos ejes paradigmáticos y de cuatro posiciones distintas. Sobre el primer eje se puede ser expresionista o articulista; sobre el segundo, formalista y funcioanalista.

Voy a abordar ahora la segunda cuestión: la ideología esencial de estas posiciones lingüísticas. Yo diría que una posición paradigmática es ya una posición ideológica. El proceso de fijación sobre esta posición paradigmática es ya de naturaleza ideológica. El hecho de ser formalista, expresionista, funcionalista, y de dar amplificación a esta opción paradigmática, hace que estas posiciones estén ya coloreadas por ideologías. Una ideología que llamaré «ideología esencial», que es la ideología ligada a todo acto de cientificidad.

Es muy importante notar que el paradigma dentro del cual se trabaja, ya sea el funcionalismo, el formalismo, u otro, dicta ya de antemano lo que se va a considerar como «empírico», como «adecuadamente válido», como «coherencia teórica». Los criterios de empiricidad, coherencia y demás se proveen en el interior de la posición paradigmática. Quiere decir que yo soy más bien pesimista en cuanto a la discusión entre posiciones paradigmáticas. Yo no creo que ser funcionalista o formalista sea uno cuestión intrateórica, por lo que no se llegará nunca a un acuerdo sobre los ejes paradigmáticos. El científico que ha adoptado una concepción no puede convencer al que tiene la concepción opuesta.

En verdad asistimos -si se observa lo que ocurre en lingüística contemporánea se lo ve bien-a la guerra de paradigmas. Porque las posiciones paradigmáticas son amplificadas y adquieren una coloración ideológico.

Es aquí donde interfiere la semiótica del discurso científico, en particular del discurso lingüístico. Un análisis semiótico del discurso de los lingüistas evidenciará características que expresan lo irracional o lo retórico. Por eso se puede decir que las posiciones paradigmáticas son amplificadas de acuerdo con lo que voy a llamar «las modalidades específicas del acto científico».

La lingüística, en tanto acto o acción científica, es una práctica discursiva. Esto es algo difícil de hacer admitir a los lingüistas.

Existe un discurso poético, existe el discurso de todos los días (el lenguaje ordinario), existe el discurso artístico, el discurso de la música, pero es muy difícil que los lingüistas admitan que tienen su propio discurso. Y por ello es natural que insistamos en considerar a la lingüística como una práctica discursiva: la de los discursos teóricos.

La categoría central en la descripción de este tipo de discurso que llamamos «discurso teórico» es la *veredicción.* No hablo de «verdad» ni de «verificación». En el discurso teórico se quiere decir la verdad: esto es la veridicción. El discurso teórico es una práctica discursiva esencialmente marcada por la

voluntad de verdad. El científico quiere que la posición paradigmática que defiende sea la verdadera y es dominado por el paradigma porque está sometido a la fuerza de su voluntad. Este es un análisis un poco «nietzcheano», pero reconocerlo es fundamental. Entre las propiedades semióticas, la veridicción es la categoría verdaderamente explicativa para comprender el discurso científico.

Una consecuencia de la centralidad de la veridicción es que el sujeto constructor de teorías, el hombre de ciencia, está en una posición muy paradójica, porque su voluntad de decir la verdad es al mismo tiempo una voluntad de autodestrucción. El sujeto constructor de teorías es un sujeto suicida, quiere desaparecer. Lo importante es la objetividad de la teoría, la ausencia de toda subjetividad. Esto es característico del discurso científico. La voluntad de verdad desencadena como consecuencia el esfuerzo de ausentificación del sujeto. Hay, entonces, en el discurso científico, toda clase de técnicas utilizadas por el sujeto para ausentarse. Pero, sin lugar a dudas, es imposible hacerlo. Nadie se ausenta jamás de su propio discurso. Hasta el hombre de ciencia permanece presente.

En todo discurso teórico, la voluntad de verdad es al mismo tiempo una voluntad de *hacer saber*. Tal vez el hacer saber sea la modalidad semiótica más global del discurso científico. Es un hacer saber muy específico: un hacer saber directo, sin técnicas de disimulo, sin ambigüedad, sin procedimientos de seducción ni de sugestión. Este es el ideal del discurso científico. El sujeto constructor de teorías, autodestructor, se propone suprimir la distancia entre el sujeto (él mismo) y el objeto de este hacer. Para él, lo importante es la transmisibilidad de su discurso, la objetividad de lo que dice, pero olvida demasiado pronto que en la base de todo esto existe una voluntad de hacer saber, pero de un hacer saber de todos modos ilusorio. Porque no existe nunca un hacer saber directo. En todas partes hay seducción, sugestión.

Hablarles a los científicos de la función de veridicción de su discurso es verdaderamente blasfemo y provocador. La mayor parte de los hombres de ciencia, lingüistas incluidos, piensan que una teoría científica es un conjunto de enunciados verdaderos, o al menos verificados. Esto es lo mínimo que se dice, por lo general. Decir, como lo hago yo, que una teoría científica es un conjunto de enunciados verídicos constituye una verdadera blasfemia. Pero no hay más remedio que admitir que todo enunciado científico está modalizado por la veridicción.

Dentro de la voluntad de hacer saber hay que considerar tres categorías:

1) saber hacer *(savoir faire]*
2) poder hacer *(pouvoir faire)*
3) deber hacer *(devoir faire)*

Las tres categorías se evidencian claramente a partir del análisis del discurso científico.

En cuanto a la primera categoría, el saber hacer, concierne a la vez a dos cuestiones importantes. Por un lado, concierne a la coherencia del discurso; por otro, concierne a la relación de ese discurso con la realidad. Dentro del discurso científico encontramos numerosas expresiones que nos hablan del saber hacer. Es frecuente hallar en los libros de ciencia enunciados que comienzan por «Se sabe que...», o bien «Es evidente que...», o bien «Se comprende que...».

En segundo término, el poder hacer se refiere fundamentalmente al argumento de autoridad. Es muy común oír hablar de la manipulación de las «eminencias grises» o los clubes de sabios. No existe

discurso científico sin autoridad. Esto es lo que hace posible la veridicción corno componente esencial de la ideología.

Finalmente, hablamos de «deber hacer» porque el hacer científico es siempre un deber. Este componente deóntico es parte del discurso. Encontramos muy frecuentemente expresiones del tipo «Debemos admitir...» o bien «Nos vemos forzados a...», o bien «Hay que aceptar...». Se observa que el sujeto teorizador es manipulado por su propio discurso, que se convierte en una especie de «boomerang» y lo domina.

Para terminar quisiera decirles que soy consciente de que mi exposición ha sido un poco simplista y deliberadamente demagógica. Es un buen ejemplo, entonces, de lo que pretendí transmitir: que no hay discurso científico objetivo, librado de seducción.

DEBATE

Eduardo Rabossi: Quiero plantear dos preguntas. En primer lugar, con respecto al concepto wittgensteiniano de *Lebensform,* hay algo que no queda claro a partir de su exposición. Entiendo que la Lebensform es algo típicamente humano, por lo que el mundo de los hombres queda distinguido del de los animales.

Parret: Si, estoy de acuerdo en que la *lebensform* es típicamente humana en Wittgenstein. Pero eso no me parece importante. Lo importante es que la distinción entre la facultad lingüística humana y la comunicación entre los animales, por ejemplo, es una cuestión de principio en Chomsky, mientras que no hay tal cuestión de principio en Wittgenstein. Podría ser que descubriéramos una conducta animal que fuera una prefiguración de la Lebensform. Nunca se dice que no. La taxonomía de la *Lebensform* es una cuestión empírica para Wittgenstein. Para Chomsky no lo es. Chomsky tiene una concepción aristocrática de la facultad lingüística y de acuerdo con él, los hombres no tienen absolutamente nada que ver con los animales, porque el lenguaje no tiene que ver siquiera con la comunicación. Aún si hubiera alguna clase de lenguaje comunicativo en los animales, no nos serviría como argumento, porque los animales no piensan. La comunicación no seria una prueba de vida mental para Chomsky. Sólo hay vida mental cuando hay una *Inneform,* una facultad lingüística con la forma de una gramática formal.

Rabossi: El segundo punto se refiere a la distinción que hizo usted sobre la ciencia, que encuentro muy atractiva. Usted dice que decidir entre las dos grandes teorías que desarrolló no es una cuestión teórica sino ideológica. De acuerdo. Pero no podemos decir que el enfoque de Wittgenstein sea una teoría científica. Es un enfoque filosófico. También el enfoque de Chomsky sobre el lenguaje, la mente y demás, es un enfoque filosófico. Creo que usted ha descripto dos enfoques filosóficos diferentes sobre el lenguaje, y no dos enfoques científicos.

Parret: De acuerdo. Yo comparé dos posiciones filosóficas. Y deberíamos admitir que Chomsky no sólo es un gramático sino también un filósofo explícito. Lo mismo pasa con las filosofías co-ocurrentes: pueden ser paralelas. Pienso que no hay conexión_analítica entre la filosofía de Chomsky y su gramática.

Pero no sólo estoy comparando dos filosofías. La guerra de los paradigmas no solamente se refiere a dos teorías filosóficas, sino también a las teorías científicas generadas. Por ejemplo, toda pragmática que proviene de Wittgenstein debe ser enfrentada con otra concepción del lenguaje, como la que se encuentra en la teoría de la sintaxis autónoma de Chomsky. Quiere decir que encontramos la guerra en el nivel de la metateoría y en el nivel de las teorías científicas. Cuando estamos realmente convencidos de una definición maximalista de la pragmática (esto es, que la pragmática es la base de la teoría lingüística) Chomsky no puede convencernos de la posición opuesta. Y la razón es que estas posiciones científicas son generadas por posiciones filosóficas.

Alejandro Raiter: Quiero hacer dos preguntas en tanto consumidor de estos paradigmas. Primero, si usted

considera que la toma de posición de hecho por un paradigma invalida lo producido por la teoría. En función de esto, una vez que se elige un paradigma, no queda claro si la ideología debe definir cuál es el objeto de estudio de la lingüística, que debe ser encontrar la verdad. Lo que no veo, en el caso en que se invalide una teoría, es cómo se evalúan los resultados de la producción de esos paradigmas.

Parret: Yo no pienso que este tipo de análisis semiótico de las propiedades ideológicas del discurso científico invalide el trabajo hecho en lingüística. Y si tengo que hacer sintaxis (y hay que hacerla) no veo otra forma de hacerla que dentro de la línea chomskiana.

Las consideraciones que he hecho no tienen objeto de frenar la lingüística o de invalidar la investigación que ha sido llevada o cabo de los límites de un modelo. Esto no es contra la ciencia ni contra la lingüística. Solamente pienso que un filósofo, en tanto metodólogo y epistemólogo, tiene la «responsabilidad» de crear conciencia del hecho de que se trabaja dentro del marco de los paradigmas. Y es dentro del paradigma donde se definen los criterios de empiricidad. El que está buscando el objeto de la lingüística o el que está buscando criterios de adecuación interna o externa de una teoría lingüística, lo está haciendo dentro del paradigma. Y una de las tareas del epistemólogo de la lingüística es mostrar que los paradigmas tienen un gran peso sobre lo que puede hacerse en lingüística. Es un punto de vista relativista, pero no intolerante.

Beatriz Lavandera: Yo no veo tal incompatibilidad o tal guerra de paradigmas. No creo que todo lingüista necesite decidirse tan claramente. A mí me parece, por ejemplo, perfectamente posible aceptar (y creo que Chomsky mismo abre la posibilidad de esto) que existe una capacidad lingüística, que se refleja formalmente, y los demás elementos del paradigma chomskiano, y admitir a la vez que existen otras capacidades que Chomsky no llama «lingüísticas» pero que intervienen en la producción e interpretación del lenguaje, y que para estudiarlas hay que tomar una serie de premisas diferentes.

Desde esa posición, si mi propósito es en determinado momento entender la lengua ordinaria, el desarrollo del discurso, la interacción, la función comunicativa, puedo adoptar esa visión de la pragmática que viene de un paradigma de tipo funcionalista. Mientras que si en algún momento quiero restringirme a escribir una sintaxis, y hablar de esa actividad de tipo «computacional», como la llama Chomsky, podría adoptar el paradigma chomskiano. Entonces creo que la guerra no es tan tajante, dado que uno puede estar en los dos lados, lo que no pasa en las guerras.

Parrert: Yo soy menos tolerante que usted respecto de la guerra de paradigmas. Permítanme desarrollar dos concepciones de la pragmática. Podemos decir que hay una concepción de la pragmática, la que representa Morris, que admite que hay tres dimensiones de la semiótica: sintaxis, semántica y pragmática. Por la cual se puede hacer sintaxis y semántica en forma separada de la pragmática, porque las tres cosas tienen tres objetos diferentes. Esta es la que yo llamaría «la concepción minimalística» de la pragmática.

Chomsky piensa que lo que da autoridad a la lingüística es lo que cae dentro de *la competence*. En cambio, lo abarcado por la pragmática pertenece a la *performance*, que no es el objeto de la lingüística, sino que debe ser estudiado por otras disciplinas. Chomsky es intolerante porque tiene la concepción minimalística de la pragmática.

Lavandera: Sí, Chomsky ha sido muy intolerante hacia otros paradigmas. Pero esta guerra no es simétrica. Porque científicos provenientes de otros enfoques, como Labov en Sociolingüística, Hymes en Etnolingüística, que están

muy interesados en desarrollar una teoría de la *performance*, son al mismo tiempo muy solidarios con el enfoque formalista de Chomsky para escribir gramáticas. Quizás Chomsky sí quiere la guerra; pero el otro lado es más tolerante, más receptivo a las ideas de Chomsky.

Parret: Antes que nada, hay que distinguir entre «formalismo» y «formalización». Son cosas distintas. Se puede ser funcionalista y tener una teoría muy formalizada, porque la formalización es una técnica metodológica. Pero es muy distinto de ser un formalista.

En segundo lugar, a mí siempre me ha parecido que cuando Labov combina un poco de chomskismo (especialmente en sus períodos iniciales) y un poco de la teoría de actos de habla, y un poco de esto y aquello, es bastante ecléctico y heterogéneo. No creo que Labov necesite los presupuestos filosóficos chomskianos de la gramática formal (no digo la formalización) para desarrollar su trabajo. Siempre me pareció un elemento ecléctico en su teoría, como también la teoría de los actos de habla.

Lavandera: Entonces, usted no nos deja opción. O estamos atrapados en un paradigma, o somos eclécticos. En lo que concierne a Labov, él está convencido de la correcta posición de Chomsky al suponer un mecanismo innato, la distinción entre *competente y performance*, y demás. Pero piensa que Chomsky se queda corto en las reglas opcionales. Postula que las reglas opcionales son realmente reglas mentales que incluyen información como «probabilidad». En el mismo sentido, también Hymes está convencido de la distinción que establece Chomsky entre *competente y performance*, de la llamada «hipótesis de innatismo», y además. Pero quiere ampliar la noción de *competence*, porque no se conforma con la *competence* sintáctica limitada de Chomsky.

Parret: Es evidente que la noción de *competence* en Chomsky puede extenderse. Pueden integrarse a la competence algunos sistemas semigramaticales: sistemas estilísticos, por ejemplo. En algunos de los trabajos más recientes de Chomsky, como *Rules and Representotions*, habla incluso de filtros comunicativos en el extremo final de la derivación. Pero no es muy importante. La «core *grammar*» es sintaxis formal.

Ahora bien, ¿hasta dónde se puede extender la noción de competence? ¿Podemos ir tan lejos como lo hacen los alemanes, Habermas y otros, al hablar de *«competence* comunicativa»? Usan el término competence, pero en un sentido totalmente distinto, con bases filosóficas totalmente distintas de la competence chomskiana. Creo que allí hay un límite. Se puede extender la competence, pero en determinado momento se hace muy ecléctico.

Usted trató las características deónticas del lenguaje científico como modalidades semióticas relacionadas con la voluntad de veridicción. Yo me pregunto si expresiones tales como “debemos inferir...», «es necesario...», etc., no pueden tratarse como reveladoras ciertas propiedades lógicas del lenguaje científico, en el sentido de una lógica deóntica, no una lógica extensional. No son solamente expresiones que cumplen una función retórica. En algunos casos pueden mostrar un tipo específico de inferencia con un tipo específico de validez como la que estudia la lógica deóntica. A mí me parece que en ese caso no tendrían que encajarse únicamente como modalidades semióticas dentro de la voluntad de decir la verdad, sino que tendrían que tratarse como una característica más objetiva del lenguaje científico.

Parret: Estoy de acuerdo en que en el nivel de estas tres modalidades hay estructuras lógicas, y pueden ser estudiadas por todo tipo de lógicas. Usted mencionó la lógica deóntica. En el caso del poder hacer podríamos pensar en lógica erotética. Sería muy interesante analizar

el discurso científico con este tipo de lógicas intensionales. Pero el discurso científico no es un lenguaje formal. Aunque es evidente que utiliza recursos formales, la mayor parte de las expresiones pertenecen al lenguaje natural. La lógica debe usarse como técnica de análisis, pero no nos da la última palabra sobre la estructura del lenguaje ordinario utilizado en el discurso científico. Para eso hay que recurrir a la semiótica.

Yo no les di una definición de semiótica. Estoy pensando particularmente en la semiótica de la escuela de París, la que se hace en la escuela de Greimas, por ejemplo, que es esencialmente una semiótica de modalidades. En ese tipo de semiótica se encuentra todo el sistema de modalidades trabajando en conjunto. Pero ésa es otra historia.

Juan Carlos Gorlier: Yo temo a lo que podría ser una suerte de hipóstasis de los paradigmas, hasta convertirlos en un nuevo espíritu absoluto, en el sentido hegeliano, o metafísico por lo menos. Pero de ninguna manera vi esto en su concepción de la constitución del discurso científico. De ninguna manera cree que sea ésa su intención.

A mí me parece interesante concebir los paradigmas como una cristalización de intereses rectores del conocimiento, no como sobre agregados del conocimiento, sino formando parte de su condición misma. En el caso de Chomsky, creo que lo que está en juego es un interés por la emancipación, y acaso un interés iluminista por subrayar la independencia de la subjetividad, del pensamiento y de la razón respecto de cualquier concreción social.

Parret: En primer lugar, cuando usted usa la noción de «interés», está indicando ya la instalación del científico en su propia teoría. E “interés» no es solamente «interés práctico en las cosas». Usted puede tener una noción muy fuerte de interés, como existe en Kant y en la filosofía alemana. La noción de interés indica precisamente eso: la instalación del constructor de teorías dentro de su teoría.

Pero, en cuanto a la emancipación de la subjetividad del mundo externo, no hay subjetividad en Chomsky. No le interesan la subjetividad, la racionalidad, en el sentido de usar la razón, el razonamiento; en el sentido de «razonar». Eso no está en Chomsky. Lo que sí está en Chomsky es el pensamiento. Es algo diferente. En el origen del discurso no hay sujeto, hay una mente. Y aquí hay una paradoja de la teoría: este mentalismo radical absoluto es en realidad biologismo. Porque la mente, para Chomsky, tiene una relación fundamental con la estructura neurofisiológica.

Mónica Zoppi: Quiero retomar las preguntas de Alejandro y Beatriz sobre los paradigmas. Yo veo que se están oponiendo dos paradigmas: uno formalista y uno funcionalista; que se está oponiendo la competencia al uso. Y que cuando se trata de formar una especie de tercer paradigma en el cual se mezclen conceptos del formalismo y del funcionalismo, usted lo llama «ecléctico».

Pero yo creo que en la base de esa exclusión de un tercer paradigma hay un superparadigma, o una ideología, que consiste en aceptar la dicotomía chomskiana *competence/ performace*. Un paradigma, entonces, se ocupa de la *competence* (el formalismo) y el otro de la *performance* (el funcionalismo); Sin embargo, si nos libramos de esa dicotomía chomskiana, yo no veo por qué no puede existir un tercer paradigma de investigación lingüística, un tercer interés u objeto de la lingüística, en el cual se pueda hablar de una forma en la sustancia, de una competencia en el uso, de un sistema en la diversidad.

Parret: Démosle una mirada a la metodología de la lingüística. ¿No es extraño que usemos tantas

dicotomías en lingüística?_Comienza con Saussure, pero no es sólo en lingüística estructural, sino en toda la historia de las teorías lingüísticas. Toda la historia de la lingüística está ocupada por dicotomizaciones. Tenemos que pensar que la metodología típica de la lingüística es utilizar dicotomías. ¿Qué quiere decir esto? Tomemos, por ejemplo, la de *langue/parole*, o la de *competence/performance*. Usted mencionó otra: forma y sustancia. Podemos mencionar también sincronía y diacronía, o expresión y contenido. ¿Cuál es la motivación metodológica para introducir dicotomías en lingüística? Muy claro: la pregunta que hace Saussure en el primer párrafo del Curso *de lingüística general*, y que se retomó aquí: ¿Cuál es el objeto de la lingüística? Para contestar esa pregunta necesitamos dicotomías. Porque el primer término de la dicotomía es el objeto de la lingüística, y el segundo es el residuo.

Dentro del lenguaje, por ejemplo, se distingue entre «lengua», que es el objeto de la lingüística, y «habla», que es el aspecto del lenguaje que nunca puede ser recuperado, reconstruido por la lingüística. Será el residuo, el «cesto de papeles». Lo mismo con *competence y performance*. Lo mismo con forma y sustancia. El segundo término de las dicotomías es siempre «el cesto de papeles».